

generalizar, diré que no siempre atribuyo excesiva importancia al sitio donde yacen los objetos de la manufactura humana prehistórica de Patagonia. Tratándose de gente errabunda por los hábitos de caza impuestos por el medio físico de la extensión geográfica donde actuaban sus usufructuarios, el extravío o abandono de los implementos que se encuentran en paraderos, etc., no creo fuese, constantemente, la consecuencia lógica de un acto volitivo y sí casual. Pero en este caso singular, la circunstancia del descubrimiento del bastón mágico a la vera de una salina y a resguardo de toda acción corrosiva, parece prestar un testimonio que, tal vez, algún día, un nuevo hallazgo en idénticas condiciones, podrá permitir justipreciar en todo su verdadero alcance.

Mientras tanto, es lícito preguntarse, ¿este bastón mágico habrá sido escondido deliberadamente para estimular con su influjo hechicero la productividad de la salina, librándola, además, de cualquier maleficio humano o extraterreno? ¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 10 de abril de 1940. Dibujos realizados por Eduardo Ríos. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías de Pablo Haedo y del autor.

LA LEYENDA DE LA CIUDAD PERDIDA

por

BERTA ELENA VIDAL DE BATTINI

UNO de los temas tradicionales que se conserva desde tiempos más lejanos, y que ha alcanzado mayor difusión en el folklore universal, es el que sirve de núcleo a la leyenda de *la ciudad perdida* —el grupo humano aniquilado por un castigo divino—.

Las leyendas más antiguas que se conocen pertenecen a los pueblos de Oriente, como la de Sodoma y Gomorra, del Génesis. Los ejemplos documentados posteriormente son abundantes. A través de los siglos, la leyenda aflora en la literatura oral de casi todos los pueblos de la tierra, hasta llegar al folklore moderno con tanta vitalidad, como la que ofreció a los autores que nos dejaron su testimonio en las épocas más diversas. En Europa, en Asia, en Africa y en América, la leyenda de *la ciudad perdida* tiene su viejo asiento en tal o cual lugar. ¿Cómo pudo lograr tan dilatado dominio en el espacio y en el tiempo? Se difundió, en primer lugar, por migración del tema —la transmisión de los temas populares puede alcanzar proporciones extraordinarias—, y en segundo lugar, por creación. El espíritu de los hombres de civilizaciones semejantes, suele tener reacciones similares frente a hechos o a acontecimientos idénticos. Y así se explica no sólo la coincidencia de temas que pertenecen a la literatura oral, sino la de otros elementos culturales, en pueblos muy distantes y desconocidos. La leyenda de *la ciudad perdida* pudo surgir como *leyenda de observación* frente al hecho real de la destrucción de una población; como *leyenda*

explicativa, frente a las ruinas de un pueblo desaparecido, o sobre una tradición conservada referente a un lugar.

Como es sabido, los temas tradicionales no se encuentran aislados; forman, con otros secundarios, *ciclos temáticos*. Es excepcional el caso en que se encuentre un tema solo. La conservación, la variación o la combinación de los temas secundarios, puede facilitar o complicar la tarea del investigador que procura establecer si el tema fundamental, vivo en la tradición de tal o cual pueblo, fué creado por él o lo recibió por transmisión. En buen número de casos es necesario proceder con gran prudencia. Las afirmaciones categóricas en el folklore —donde existen las grandes lagunas de las regiones inexploradas o mal observadas— pueden caer al día siguiente ante nuevos materiales recogidos.

En muchas de las leyendas aquí reunidas puede establecerse inmediatamente, por la completa identidad del ciclo temático, por ejemplo, la migración del tema, como ocurre con las variantes de América; en otras, parece evidente la creación, como en la leyenda libia citada por Heródoto, que veremos más adelante. Cualquiera sea el camino que haya seguido el tema, la leyenda se asienta siempre sobre una realidad. La población ha existido. Diversas causas, naturales o históricas, la hicieron desaparecer: inundaciones locales, avances del mar, terremotos, volcanes, invasiones conquistadoras, cambios de asiento, despoblación. De ello queda una tradición que, al alejarse de los hechos reales, y al rodar en el pueblo de boca en boca, deforma la verdad y adultera el tiempo —lo hace más próximo o más lejano—; agrega la creencia del castigo sobrenatural para los hombres culpables, y crea la leyenda. La calidad estética y la enseñanza moral que entraña, con frecuencia la han salvado del olvido. Con ellas conquistó la sensibilidad de los poetas y escritores que la recogieron de la fuente popular y la documentaron. Como se verá, buen número de los ejemplos aquí citados proceden de obras literarias. Conozco un solo trabajo de carácter folklórico sobre el tema de *la ciudad sumergida*, un capítulo de Sébillot¹. Se lo puede rozar, a veces, al tratar la leyenda del Diluvio, tema extensamente estudiado, y del que ha recibido influencia, pues, en nu-

(¹) PAUL SÉBILLOT, *Légendes, croyances et superstitions de la mer*, cap. VII: *Les envahissements de la mer et les villes englouties*; Paris, 1886.

merosas versiones, la ciudad, inundada, desaparece bajo las aguas. A ambas leyendas les es común un elemento: el del castigo divino.

Son variantes de la leyenda de *la ciudad perdida*, además de la leyenda de *la ciudad sumergida*, la leyenda de *la ciudad invisible*, la leyenda de *la ciudad muerta* y la leyenda de *la ciudad encantada*. Esta última suele encontrarse con frecuencia en cuentos populares, como en los de *Las mil y una noches*. Cuando el tema pierde las condiciones esenciales de la leyenda, como la determinación del nombre, la indicación del lugar, la sugestión de la creencia, pasa a la categoría de cuento —un mismo tema, según su forma, puede ser mito, leyenda y cuento—.

El tema de *la ciudad perdida* se presta a una larga y minuciosa investigación. En este capítulo, que sólo es una contribución a su estudio, expongo el material que en el folklore de los pueblos antiguos y modernos he podido reunir. En la exposición de los mismos, sigo un orden cronológico aproximado, pues en muchos casos no es posible determinar la antigüedad de unas tradiciones con respecto a otras.

La leyenda clásica para nosotros es la de Sodoma y Gomorra, que Jehová destruyó para castigar el horrible vicio de los hombres que las habitaban. Según los versículos bíblicos del *Génesis* (caps. XVIII y XIX), Jehová envió dos ángeles a Sodoma; Lot los hospedó y agasajó generosamente; los hombres del pueblo vinieron a la casa de Lot y ofendieron con la intención de su vicio a los enviados de Jehová; los ángeles anunciaron a Lot la destrucción de la ciudad; le ordenaron huir con su mujer y sus dos hijas hacia el monte próximo, donde estaba la ciudad de Zoar, sin volver la cabeza; cuando Lot llegó a Zoar, “llovió Jehová sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades y el fruto de la tierra; entonces la mujer de Lot miró atrás y se convirtió en estatua de sal”. Sodoma y Gomorra, con Adama, Seboim y Segor o Zoar, asentadas en el valle de Siddim, constituían la Pentápolis del Jordán. Cuatro de ellas fueron destruidas por un cataclismo. Segor, situada en un monte, se salvó. El pueblo conservó esta tradición, que se deformó al transformarse en leyenda, y así la recogió la *Biblia*. Tradiciones y leyendas anteriores a la del *Génesis*, sobre ciudades destruidas, debieron ser conocidas en el mundo antiguo como *leyendas de observación* o *explica-*

tivas. En el poema caldeo del Diluvio, cuya tradición pasó más tarde a los hebreos, se da como escenario inicial de las inundaciones a la ciudad de Schurippak, situada sobre el Eufrates.

La idea moral del castigo divino que cae sobre los hombres que se apartan del bien, debió de ser común a todos los pueblos que alcanzaron cierto grado de civilización —lo es, por ejemplo, en los pueblos primitivos que conservan la tradición del Diluvio—. Entre las tradiciones más antiguas de los chinos se conserva ésta: “La decadencia de las virtudes de los Hia y de los Yin se muestra en los desórdenes de la naturaleza. Los vicios de Kie, hicieron caer en lluvia las estrellas del cielo; la Tierra tembló, los ríos Yi y Lo se secaron, el Dios del Fuego descendió, y se desplomó la montaña Kiu”¹.

A esta misma época primitiva de la historia de la China pertenece la siguiente leyenda, que explica el nacimiento milagroso de Yi Yin: “...su madre vivía junto al río Yi; estando encinta, soñó que un dios (Chen) le hacía esta advertencia: cuando de un mortero salga agua, marcha hacia el Este y no vuelvas la cabeza para mirar. Al día siguiente, vió un mortero del que salía agua, lo advirtió a sus vecinos, y marchó hacia el Este durante diez *li*; entonces volvió la cabeza para mirar: todo su país estaba inundado por las aguas. Ella misma, por haber hecho esto, se transformó en morera”². El niño se salvó en las ramas del árbol de donde fué recogido. Yi Yin, cuya vida santa es comparable a la de Confucio, significa jefe de Yi (el río). La similitud con el relato bíblico es evidente. Posee, además, otros elementos de indudable origen popular. El anuncio del dios, en sueños, es común a muchas leyendas y tradiciones primitivas; así en la del Diluvio, de Caldea. El tema de la inundación, que en algunos casos se considera derivado del tema del Diluvio, puede haber nacido de un simple hecho de observación, y pertenecer a relatos tanto o más antiguos que los de éste.

Heródoto transmite una tradición de la Libia según la cual un pueblo íntegro desaparece por declarar la guerra al *Noto*, el viento Sur: “Línderos de los nasamones estaban los psilos que han perecido de esta manera: el

(¹) MARCEL GRANET, *Danses et légendes de la Chine ancienne*, II, págs. 393 y 396, París, 1926.

(²) Id., págs. 428 y 429.

viento *Noto* les secaba con su aliento las cisternas, y como toda la comarca cae dentro de la Sirte, estaba sin agua. Los psilos, tras de tomar consejo en común, marcharon contra el *Noto* (cuento lo que cuentan los libios), y después que estuvieron en las arenas, sopló el *Noto* y los sepultó. Así perecieron, y los nasamones poseen sus tierras”¹. La tradición está apoyada, seguramente, en una realidad histórica. La geografía de la comarca hace posible la desaparición del pueblo en las arenas del desierto. Cuando los nasamones fueron exterminados por sublevarse contra la dominación romana en la época de Diocleciano, ocupaban las tierras de los psilos. Los rasgos secundarios de la leyenda le dan una gran originalidad, índice de su creación local.

Platón habla en sus diálogos *Timeo* y *Critias*, y particularmente en este último, de la que llegó a ser famosa leyenda, de la Atlántida. La ficción literaria de Platón refleja la leyenda popular, tan difundida en el mundo antiguo, de la *ciudad perdida*, el pueblo de hombres culpables destruido por voluntad de los dioses. A ello, y al arte de Platón, se debe, indudablemente, el vigoroso relieve de tradición auténtica con que se impuso. Hasta nuestros días ha llegado la discusión sobre la existencia de la gran isla o continente que se supuso sumergido en el océano Atlántico. El descubrimiento de América actualizó el mito de la Atlántida, pues con ella la identificaron muchos autores². Investigadores modernos como Schulten —de los Ríos estudió y apoyó sus fundamentos—, ven en la leyenda de Platón un recuerdo oscuro de Tartessos, la ciudad ibérica sumergida³.

La cita que hace Platón de viejas tradiciones egipcias, puede tener fundamento, aunque seguramente serían tradiciones vagas, sin alusiones precisas. Paul Sébillot da una noticia de importancia: “Un documento de los más antiguos menciona islas sumergidas en el mar. En una comunicación hecha en el Congreso de Orientalistas de Berlín, en 1881, M. Golenischeff habla de un cuento encontrado en los papiros egipcios, que

(¹) HERÓDOTO, IV, 173. Traducción de María Rosa Lida.

(²) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, AGUSTÍN DE ZÁRATE, SARMIENTO DE GAMBOA, FRAY GREGORIO GARCÍA.

(³) ADOLFO SCHULTEN, *Tartessos*, págs. 113-120, Madrid, 1924.

contiene numerosos episodios análogos a los de *Sindbad el marino*. Cierta isla encantada desaparece después de la partida de un naufragio¹.

Pausanias, en su viaje a través de Grecia, recoge esta vieja tradición de Acaya: Los aqueos de Hélice habían degollado a suplicantes refugiados en el templo de Neptuno. El dios manifestó su cólera por un temblor de tierra y un desbordamiento de la mar que destruyeron la ciudad y sus alrededores². Ovidio, en las *Metamorfosis*, menciona también a Hélice, desaparecida juntamente con Buris: "Si buscas a Hélice y a Buris, ciudades aqueas, las hallarás bajo las aguas; aún los navegantes suelen señalar la ciudad postrada con sus sumergidos muros"³. Se sabe que las dos ciudades fueron destruidas por un terremoto, y que Buris fué reconstruída.

De otra leyenda habla, asimismo, con los más minuciosos detalles. Se refiere a la de un lago de Frigia, en el que desapareció la aldea de Filemón y Bausis, según una antigua tradición local. Júpiter y Mercurio llegaron un día al lugar, en figura humana, y pidieron posada de puerta en puerta. En mil casas se la negaron. Sólo se abrió para ellos la cabaña pobrísima de Filemón y Bausis, quienes los recibieron afectuosamente, les ofrecieron los alimentos con que contaban, y hasta intentaron matar la única ave de corral que poseían, un ánsar, para obsequiarlos. Con sorpresa observaron que el vino del vaso de haya en qué bebían, en vez de agotarse se acrecentaba. Los dioses se dieron a conocer; les anunciaron que la ciudad sería castigada por la impiedad de sus moradores, y los condujeron hasta el monte próximo. Desde la altura, los viejos contemplaron la población y la comarca inundadas. Sólo la cabaña, libre de las aguas, se había transformado en un hermoso templo⁴.

Un antiguo cuento chino, recogido de la tradición oral, da un ejemplo típico: Una viejecita mendiga recorre la ciudad pidiendo ayuda. Nadie la socorre. Una mujer viuda que tiene un hijo, un niño de gran corazón, la recoge y la incorpora a la familia como a "la abuela". "La abuela" hace construir al niño un barquito, y le dice que en él se salvará con

(¹) *Folk-Lore Journal*, febrero 1883, pág. 60. Cita de P. SÉBILLOT, *ob. cit.*, págs. 307 y 308.

(²) PAUSANIAS, *Acaya*, cap. XXVI.

(³) OVIDIO, *Metamorfosis*, XV, 293-295. Traducción de María Rosa Lida.

(⁴) *Id.*, VIII 620-724.

su madre cuando venga "el agua grande", que llega, en efecto, como diluvio. El barquito crece, y en él suben la mujer y el niño. La vieja les regala una gran olla llena de perlas valiosísimas. Les recomienda que salven a los animales que encuentren, pero no a los hombres. El agua crece hasta la copa de los árboles y lo destruye todo, en la ciudad y sus cercanías. En la barca se salvan un perro, un gato, un ratón y un cuervo, y por ruegos del niño piadoso, también un hombre. Llegan a lugares donde el agua baja. Los animales y el hombre se despiden de la mujer y del niño. El hombre, cuya codicia había sido excitada por el valor de las perlas, los acusa de robo al juez del lugar, y el juez los prende. El ratón, el perro y el gato, les traen alimentos. El cuervo regresa un día y presenta al juez una carta escrita por un dios, que dice así: "Peregriné por el mundo disfrazado de mendigo. El niño y su madre me recogieron. El niño me trató como abuela y no tuvo repugnancia de lavar mi suciedad. Por eso les he salvado del agua grande con que destruí a la ciudad pecadora en que vivían. Ponlos en libertad, juez; de lo contrario, caerá sobre ti la desgracia"¹. El tema secundario de la inundación y de la forma en que se produce denuncia una contaminación evidente con la leyenda del diluvio universal. El lugar circunscripto y los acontecimientos y personajes limitados, mantienen las características de la leyenda de *la ciudad perdida*. En la del Diluvio los protagonistas constituyen la humanidad entera y su escenario es el de toda la tierra. En la leyenda aparece también el tema del hombre ingrato y de los animales agradecidos, del conocidísimo cuento popular².

También muy antigua debe de ser la siguiente tradición japonesa: Peirum reinaba en una isla vecina a la de Formosa. Sus súbditos se hicieron afeminados y ofendieron a sus divinidades. Los dioses determinaron destruirlos, pero como Peirum era justo, le anunciaron en sueños, que la catástrofe sobrevendría cuando enrojeciera la cara de los ídolos. Peirum trató por todos los medios de volver a los hombres al buen camino, pero fué inútil. Uno de los incrédulos llegó a pintar de rojo la cara de los ídolos. Entonces, un cataclismo sumergió a la isla en el mar. Sólo Peirum,

(¹) *Cuentos populares de la China, Revista de Occidente*, pág. 15; Madrid, 1925.

(²) *Cuentos de la Edad Media, Revista de Occidente*, pág. 64; Madrid, 1927.

el rey virtuoso, se salvó¹. En el cuento chino anteriormente citado, la viejecita había dicho al niño que “el agua grande” vendría cuando se enrojecieran los ojos de los leones de piedra que estaban frente a la cárcel; un descreído, para reirse, los pintó con sangre, y se produjo la inundación. Es el mismo motivo del enrojecimiento de la cara de los ídolos en el relato japonés. En sueños, le anunció Chen a la madre de Yi Yin el avance de las aguas, en la leyenda china, como a Peirum le revelaron los dioses el hundimiento de la isla —y lo mismo sucede en el poema caldeo del Diluvio—. La similitud de los temas en las tradiciones primitivas de la China y del Japón debe de abundar. La vida inicial del Japón no fué otra cosa que un reflejo de la gran cultura antigua de la China, el primer pueblo mongólico que se civilizó. Por haber sido la China uno de los primeros centros de civilización de la humanidad, como Caldea y Egipto, y por haber vivido durante siglos aislada en medio de sus tradiciones inmemoriales, las manifestaciones de su folklore, aún no bien explorado, tienen para nosotros un valor singular como término de comparación.

Según una tradición local, la antigua ciudad de Adulis, de Etiopía, situada sobre el mar Rojo, que los romanos llamaron Puerto de Axum, fué destruída por el mar para castigar la maldad de sus habitantes. Los viejos de la actual ciudad de Zulla, que se levantó sobre el mismo sitio, cuentan que un día una gran ola avanzó sobre la población, cubrió las casas y los templos e hizo desaparecer las calles bajo un montón de arena². La playa llana, arenosa y sin vestigios de vegetación, como es la de Abisinia, hace posible tal obra destructora del mar en una ciudad sin defensas. Es indudable que la leyenda mantiene una tradición muy antigua.

En la famosa relación de viaje del siglo XIV, de Juan Mandeville, tan leída en la Edad Media y en el Renacimiento, figuran leyendas de ciudades desaparecidas. Mandeville declara que su libro —mezcla de motivos sabios y de relatos populares de la Edad Media—, contiene lo más notable de lo que él ha visto y oído en su peregrinación por el Egipto, Tierra Santa y Asia. Según su testimonio, en Palestina cuenta el pueblo que las ciudades de Sodoma y Gomorra, y las otras de la Pentápolis, fueron destruídas por las aguas. Termina así su referencia: “Y en ese

(¹) DORVILLE, I, pág. 285. Cita de P. SÉBILLOT, *ob. cit.*
 (²) *Soc. de Géographie*, 1847, pág. 336. Cita de P. SÉBILLOT.

mar se hundieron las cinco ciudades por la cólera de Dios, es decir, Sodoma, Gomorra, Adama, Zebolim y Zoar, por el abominable pecado que reinaba en ellas. Pero Zoar, gracias a la plegaria de Lot, se salvó y se mantuvo largo tiempo, pues estaba fundada sobre una colina, y alguna parte de ella se muestra todavía sobre el agua, y las gentes pueden ver los muros cuando el tiempo es bueno”¹. Debió de ser ésta una tradición corriente en Palestina, pues así ha corrido por el mundo a través de los siglos. Según la misma, las cinco ciudades bíblicas destruídas ocupaban el sitio que después del cataclismo correspondió al Mar Muerto, surgido para sepultarlas en su lecho. El tema de la ciudad de Zoar, salvada por la plegaria de Lot, es el mismo de la ciudad de Nínive. Jonás, enviado por Jehová, predijo en Nínive, “ciudad grande, en gran manera, de tres días de camino”, su destrucción, por la maldad de sus gentes. Entonces, el rey y sus hombres reconocieron sus pecados, y se entregaron a la penitencia. Dios, apiadado, los salvó².

Mandeville transcribe así otra leyenda de fuente popular: “En ese reino de Abcaz, hay una gran maravilla. Una provincia de la comarca, que tiene muy bien tres días de viaje de contorno, y que las gentes llaman Hanyson, está toda cubierta de oscuridad, sin brillo ni luz, y de tal manera que nadie puede ver allí ni se atreve a entrar, y sin embargo los del país dicen que a veces se oyen voces de gente, relinchos de caballo y cantos de gallo, y las gentes saben bien que allí viven hombres, pero no saben quiénes son, y dicen que la oscuridad sobrevino por milagro de Dios”³. El milagro consistió en que, cuando el emperador de Persia lanzó su hueste contra los cristianos, una nube espesa envolvió al pagano y a los suyos. El grupo humano prisionero en la niebla, ofrece una variante de la leyenda de *la ciudad invisible*. Ejemplos típicos de esta leyenda, siempre de origen cristiano, se hallan en el folklore de distintos pueblos. Sin embargo, este modo de ocultar en sombras a la ciudad o comarca, hace pensar en el reino de las tinieblas de ciertas religiones orientales, sitio donde se purifican los pecadores. Si Mandeville no recogió estas leyendas directamente de la tradición oral de los pueblos del Asia, como lo afirma en su

(¹) SIR JOHN MANDEVILLE, *Travels*, cap. IX. Traducción de María Rosa Lida.

(²) *Biblia*, Jonás, I.

(³) SIR JOHN MANDEVILLE, *Travels*, caps. IX y XXV. Traducción de María Rosa Lida.

relación, lo más seguro es que fueron traídas del Oriente y difundidas en Europa por peregrinos y viajeros, y aprovechadas por él. A pesar de algunas deformaciones propias de la adaptación, los motivos conservan la ingenuidad y característica de los temas populares.

Según Réclus, los escollos que se advierten a lo largo de las costas de Madrás, son, para los indígenas que las habitan, restos de una antigua ciudad desaparecida¹.

Froberville recogió, en 1847, la siguiente leyenda de la costa oriental del Africa: Los amakwas dicen que el país que unió la tierra de los hombres blancos y la de los hombres negros, fué precipitado al fondo del mar por la cólera divina. Este país, llamado Kassipi, fué de una fertilidad extraordinaria. Un año en que la cosecha había sido particularmente abundante, sus habitantes, que eran en extremo mezquinos, prefirieron afirmar con granos los caminos antes que auxiliar con ellos a los pueblos vecinos, que sufrían una espantosa escasez. Irritado Muluku, el dios bueno, volvió estéril la tierra, pero los hombres no mejoraron. El castigo del dios fué, entonces, definitivo: el mar invadió la costa, y la región entera se sumergió para siempre en las aguas².

Las leyendas de ciudades sumergidas en las costas de Holanda, Inglaterra y Francia, conservan una tradición: la de las devastadoras invasiones del mar, ocurridas en tiempos históricos. Desde el siglo IV hasta el siglo XIII, las costas de Inglaterra, más aún las de Francia, y particularmente las de Holanda, sufrieron constantes y profundas modificaciones. En su avance, el mar barrió centenares de aldeas.

Cuenta el pueblo de Holanda que, en el mismo sitio donde las cúpulas y los soberbios palacios de la vieja ciudad de Stavoren fueron sepultados en el mar, crecen las hierbas y los altos tallos del trigo. La ciudad fué destruída por la impiedad y por el orgullo de sus habitantes. Una noche avanzó una gran ola y arrasó más de las dos terceras partes de la orgullosa población³. Stavoren está situada en el extremo norte del Zuider-Zée. En tiempos históricos, una nueva arremetida del mar formó en el continente un lago, el Flevo de los romanos, con una comunicación al exterior.

(1) ELISÉE RÉCLUS, *Geografía Universal*.

(2) *Société de Géographie*, VIII, 1847. Cita de P. SÉBILLOT.

(3) GRIMM, *Veladas alemanas*, I. Cita de P. SÉBILLOT, *ob. cit.*

En 1170, otra nueva gran invasión de las aguas se llevó las tierras comprendidas entre Tessel, Medemblik y Stavoren, y el lago se convirtió en golfo. Buena parte de la ciudad o aldea de Stavoren debió de ser destruída.

Según una tradición del NE. de Inglaterra, en tiempos lejanos se hundió, en la desembocadura del Humber, una isla —la Sunk Islam—. Para Réclus, la Sunk Islam es realmente una isla sumergida¹. Los marineros del país de Gales cuentan que en la bahía de Cardigan existe un territorio sumergido, en el que se distinguen, bajo las aguas, las ruinas de grandes edificios². Los pescadores irlandeses del siglo XII aseguraban que, mientras realizaban la tarea de la pesca, veían brillar entre las olas, las viejas torres redondas de las ciudades tragadas por el mar³. Basset cita varias leyendas de ciudades perdidas en las costas del sur de Inglaterra y en las costas de Irlanda, de las que se creen ver las construcciones bajo el agua. Entre las irlandesas cita a la de la ciudad de Inclidon. Según la leyenda, Inclidon yace junto a los acantilados de Maher, y quien consiga fijar sus ojos en ella, cuando el tiempo la hace visible, se hará rico⁴. Una leyenda irlandesa del año 700 inspiró a Tennyson *El viaje de Maeldune*; en él habla de una isla submarina, hermosa como un paraíso, en la que se ven torres antiguas, palacios silenciosos y campos tranquilos.

Son muchas las leyendas de ciudades perdidas que conserva la tradición en Francia, particularmente en las costas bretonas. P. Sébillot ha recogido un gran número de ellas. Se cuenta que en la desembocadura del Vilaine y la isla Dumel, junto a la Punta de Castelli, se hundió, en tiempos lejanos, una ciudad castigada por la maldad de sus habitantes⁵. En las costas del Norte, en Erquy, las gentes hablan de una gran ciudad llamada Nasado, destruída por los vicios de sus moradores. Se dice que las mujeres eran allí tan blancas, que se les veía a través de la garganta el vino que bebían. Dios, para castigar la ciudad de hombres corrompidos, hizo que subiera el mar y la sepultara en sus abismos⁶. El encarecimiento

(1) RÉCLUS, *Geografía Universal*.

(2) BARZAZ-BREIZ, *La Villemarqué*. Cita de P. SÉBILLOT, *ob. cit.*

(3) BARZAZ-BREIZ, *La Villemarqué*. Cita de P. SÉBILLOT, *ob. cit.*

(4) P. SÉBILLOT, *ob. cit.*, pág. 302.

(5) P. SÉBILLOT, *ob. cit.*, pág. 302.

(6) P. SÉBILLOT, *ob. cit.*

de ver a través de la garganta, es muy del gusto popular —figura en coplas—, y es común en Lope de Vega.

Se cuenta que en la desembocadura del Gironda, fué sumergida la ciudad de Olives, cuyas casas se ven en el fondo del mar, en los días claros¹. Réclus afirma que en la isla de Re, existió realmente la ciudad que, según la leyenda, fué hundida por castigo divino². La más famosa de las leyendas francesas es la de la ciudad de Is, cuyo asiento se señala en la bahía de Douarnenez. Sus habitantes se habían entregado a los más desordenados placeres. El rey Grallón, que gobernaba el país, trató inútilmente de corregirlos. La ira divina cayó sobre los pecadores. El rey Grallón debió huir para escapar al castigo del cielo, pues la ciudad fué invadida por el mar y destruída. El clásico tema de la ciudad castigada, ofrece aquí un tema secundario igual al de la leyenda japonesa de Peirum, el rey salvado por sus virtudes. En el siglo XVI, los viejos pescadores aseguraban que en los días de baja marea, las fuertes murallas de Is asomaban sobre las olas. Tradiciones lugareñas hay que aseguran que la ciudad de Is tuvo su asiento en las proximidades de la ciudad de Douarnenez. Para los habitantes de Treguier, las ruinas romanas existentes en esa aldea son sus antiguos cimientos; para los de Penvenan, Is se levantó sobre la playa desolada de Trestel. Creen unos que ciertas marcas que se advierten en las rocas de la costa son de las herraduras del caballo del diablo, mientras que para otros son las del caballo de Grallón, cuando abandonó la ciudad condenada. Todos aseguran que con frecuencia se oye el tañido de sus campanas³. Las ruinas romanas son objeto de las más variadas creencias y leyendas, en las diversas regiones donde aún subsisten. El pueblo ha olvidado la verdadera tradición de aquellos vestigios, y su fantasía los explica, en cada caso, de una manera distinta.

José María Heredia alude así a Is en su soneto a Bretaña —una de las regiones de Francia más rica en leyendas—:

“Y el océano, que mece en un lecho de algas de oro
a Is la voluptuosa y a la grande Occismor,
arrullará tu corazón triste con su murmullo grave”⁴.

(1) Comunicación de M. DALEAU. Cita de P. SÉBILLOT, *ob. cit.*, pág. 301.

(2) RÉCLUS, *Geografía Universal*.

(3) P. SÉBILLOT, *ob. cit.*, págs. 299 y 300; cita a BARZAZ-BREIZ y a LE CALVEZ.

(4) *Les Trophées*. HEREDIA habla en forma inequívoca de otra gran ciudad, Occismor,

La leyenda de la ciudad de Is inspiró a Debussy *La cathédrale engloutie*. La música reproduce el cantar de las campanas y el confuso despertar de la ciudad castigada que, todos los días, con la aurora, surge entre las nieblas de la costa para volver a su asiento marino. Los pescadores de Cancale afirman que en las proximidades del monte Saint Michel se ven aún las murallas de una ciudad desaparecida, cuya existencia explica una leyenda local. En tiempos lejanos la Mancha era mucho más estrecha, sólo había un arroyo entre el continente y la isla de Jersey. En una ensenada de la costa de Granville, mandó construir el rey del país un dique, con una puerta que se abría en la parte interior del castillo, y guardó celosamente la llave. Una hija suya estaba casada con un ambicioso señor de una comarca vecina, quien, con la idea de suceder al rey, indujo a su mujer a apoderarse de la llave, para hacerlo desaparecer juntamente con su castillo. Ellos mandaron construir un barco para salvarse de la inundación. La hija dió al rey un narcótico, y en el mismo momento ella y su marido abrieron las puertas del dique. Las aguas entraron con tal empuje y furor, que ahogaron al señor y a su mujer, y sumergieron al país entero en el mar¹. En un curioso relato recogido por Desaiivre, se atribuye al hada Melusina la destrucción de un país de la costa. El malvado señor de la comarca negó a Melusina la hospitalidad que ésta, disfrazada de mendiga, le imploró. El hada lo maldijo, arrancó piedras de los acantilados y conjuró el mar. Desde ese día, ella unió sus esfuerzos al mar, en una común obra destructora². El tema secundario del personaje sobrenatural que prueba la caridad de los hombres, figura en la leyenda de Filemón y Baucis, y lo encontramos, más adelante, en leyendas de origen cristiano.

Una leyenda celta de las recogidas en *Los relatos de la Tabla Redonda*, habla también de un castillo desaparecido en circunstancias extraordinarias. Mientras Lanzarote del Lago come con el rey Peleas, en el *Castillo Aventurado*, penetra en éste un caballero, que avanza por la calle principal. Cuando se acerca al palacio, todas las puertas se cierran. El caballero

existente en el fondo del mar, como la de Is. SÉBILLOT no la menciona, por lo menos con este nombre.

(1) Comunicación de M. ANGOT. Cita P. SÉBILLOT, *ob. cit.*

(2) LÉO DE SAIVRE, *Le mythe de la mère Lusine*, pág. 90, 1883.

grita, clama y llora para que lo dejen entrar. El mismo rey pecador se acerca a una ventana y lo despide. “Yo me llamo Héctor de los Mares y soy hermano de Lanzarote”, dice el caballero, pero todo es inútil. Vuelve entonces su caballo, y gana la puerta de la ciudad llorando amargamente, entre los gritos de sus moradores. Lanzarote, al saber esto de boca del rey, llora, toma su armadura, se despide y parte tristemente. Cuando está a distancia de un tiro de arco, se vuelve para mirar por última vez el *Castillo Aventurado del Graal*, pero en su lugar sólo existe una llanura desnuda¹. La ciudad perdida toma aquí la forma de la ciudad invisible.

Numerosas leyendas de ciudades perdidas viven en las costas del Báltico. Según los pescadores, los domingos se oye en sus playas el repiqueteo de las campanas de las ciudades sepultadas en su seno². Una iglesia de una aldea ribereña fué barrida por sus olas. Durante la noche, cuando el mar está en calma, se oye a los desventurados cantar, entre sollozos, los salmos penitenciales, y se ven brillar los cirios que encienden ante el altar³.

Se cree que en la mañana de Pascua aparecen, sobre la superficie de las aguas, islas sumergidas, como la de Wolen, la Vineta o la de Julin. con sus puertas de bronce, sus campanas de plata y las fichas, también de plata, con que los niños jugaban en sus calles⁴.

Selma Lagerlöf, en *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*, anima la vieja leyenda sueca de la ciudad de Vineta, hundida, según la tradición, entre las islas de Karl y Gottland. Nils, el niño protagonista, penetra en la ciudad que surge de repente en la playa desierta, y admira la maravilla de los edificios y los paseos, y el lujo de los moradores. Los comerciantes le ofrecen las telas más ricas a cualquier precio. Cuando Nils da vuelta sus bolsillos en señal de no tener un céntimo, los mercaderes lloran desconsoladamente. Sale el niño para buscar una moneda que ha visto en la arena, y al querer regresar, advierte que la ciudad ha desaparecido nuevamente. Es la noche de Pascua. La ciudad de Vineta

(¹) *Les romans de la Table Ronde*, redacción moderna de JACQUES BOULENGER, pág. 81: París. 1923.

(²) GRIMM, *Veladas*, I. Cita de SÉBILLOT, *ob. cit.*

(³) X. MARMIER, *Letres sur le Nord*. Cita de SÉBILLOT, *ob. cit.*

(⁴) *Bull. de la Soc. d'Anth.*, 1872. Temme. Cita de SÉBILLOT, *ob. cit.*

“era tan opulenta y tan dichosa, como jamás lo fué ciudad alguna; pero sus habitantes se dieron al lujo y a la molicie, en castigo de lo cual fué tragada por el mar durante una violenta marea. Los habitantes de aquella población no pueden morir, ni la ciudad desaparecer por completo: una noche, cada cien años, la ciudad surge de las olas del mar con todo su esplendor y permanece en la superficie de la tierra durante una hora. Transcurrida esa hora, vuelve a hundirse en las aguas profundas, y así sucederá hasta que alguno de los comerciantes de Vineta pueda vender cualquier cosa a un ser viviente”¹.

Entre las tradiciones de la Rusia Central, vive hoy la vieja leyenda de la ciudad de Kitej. Ella inspiró a Rimsky Korsakow su ópera lírica *La ciudad invisible de Kitej*. Debo a la gentileza de la señora Ludmila Fedeorowna de Fioravanti, una versión recogida de la fuente popular, que ella oyó de niña en su país nativo. Según el relato tradicional, en la ciudad de Kitej reinaba un príncipe muy piadoso. Durante una cacería por los bosques, encontró a Fevronia, joven campesina que vivía santamente: se alimentaba de hierbas y pasaba sus días orando por la gloria de Dios. El príncipe se enamoró de ella y decidió hacerla su esposa. La llevó a la ciudad de Kitej, y allí se celebraron las bodas. El pueblo participó jubiloso en las fiestas. Sólo un vagabundo borracho, llamado Grischka, se burló de la campesina transformada en princesa. En ese momento los tártaros, que habían invadido a Rusia, se acercaban a Kitej, destruyendo e incendiando cuanto encontraban a su paso. El príncipe reunió su ejército y salió de la ciudad para combatirlos, pero fué derrotado y huyó hacia la capital, donde se refugió. El vagabundo Grischka, que había caído prisionero de los tártaros, se ofreció como guía para conducirlos a la ciudad donde se ocultaban el príncipe y su gente. El príncipe, su mujer y el pueblo, rezaban ante el peligro. Dios, para protegerlos, sumergió la ciudad en un lago. Cuando las hordas de los tártaros llegaron y vieron la ciudad sumergida, y oyeron el tañido de las campanas que subía desde el fondo del lago, huyeron aterrorizados. Grischka, arrepentido, se arrojó a las aguas y se ahogó. En aquella región

(¹) SELMA LAGERLOF, *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*, trad. de Talavera y Clavel, págs. 154 y sigtes.: Barcelona. 1933.

de Rusia existe el lago Sthetloiar, donde, según la tradición, se sumergió la ciudad de Kitej. Los comarcanos dicen que en los días de Pascua, se oye aún el sonido de sus campanas. Según la señora de Fioravanti, la leyenda de la ciudad de Kitej nació en el siglo XIII, durante la invasión de los tártaros. Rusia estaba entonces formada por un conjunto de principados. En una de sus invasiones, después de haber asolado todo el norte, los tártaros se acercaron al principado de Kitej (actual provincia de Kostroma), y ante una fuerza desconocida, retrocedieron, sin entrar en ella. De este suceso nació la leyenda. En el libreto de J. Bielsky para la obra musical de Korsakow, la ciudad se cubre de niebla hasta hacerse completamente invisible, y, en el momento en que los tártaros llegan a sitiarla, Kitej asciende al cielo, para reflejarse luego en las aguas del lago. Aunque el argumento tradicional haya sido modificado aquí con fines artísticos, que es lo más seguro, el milagro de la desaparición de la ciudad envuelta en niebla es un motivo auténticamente popular, y debe de proceder de alguna otra versión de la leyenda. Así es como el tema legendario toma en unas variantes la forma de *la ciudad sumergida*, y en otras la de *la ciudad invisible*.

En la tradición oral del pueblo italiano, vive actualmente, el recuerdo de las desaparecidas ciudades de Pompeya y Herculano, con el ropaje de la clásica leyenda. Herculano y Pompeya eran dos ciudades muy grandes, y tan ricas y hermosas como no se han conocido otras. Sus palacios eran tan altos que casi tocaban el cielo, y hasta en sus techos tenían placas de oro y de plata. Sus habitantes vivían rodeados de lujo, vestían trajes riquísimos y llevaban joyas de valor incalculable. Se dieron tanto a los placeres, que sus costumbres se corrompieron, y llegaron a conocer vicios tan horribles que provocaron la cólera de Dios. El Vesubio vomitó fuego, lava y ceniza, y durante el terremoto que produjo, las llamas brotaban de la tierra abierta en grietas. Así desaparecieron las ciudades castigadas¹. De las poblaciones de la Campania que destruyó el Vesubio en su célebre erupción del año 79, Pompeya, Herculano, Estabias y Tauro, sólo las dos primeras, las más populosas y cuyas ruinas se conservan en la actualidad, se mantienen en la literatura oral de Italia. La presencia de casas de

(1) Versión recogida de italianos inmigrantes. Es general en Italia.

dudosa moralidad, así como las pinturas y las inscripciones obscenas descubiertas entre las ruinas de Pompeya, han afirmado la creencia del pueblo, según la cual, los moradores de las viejas ciudades vivían licenciosamente. Otra leyenda italiana de ciudades desaparecidas trae Ignazio Silone en el libro *Pane e vino*. Un hombre del pueblo cuenta así la historia del lago Fucino: “Jesús andaba en busca de trabajo como carpintero. Llegó a Mársica. —¿Tenéis trabajo para un pobre carpintero?, preguntaba por todas partes. —¿De dónde vienes? —¿Cómo te llamas? —¿Tienes permiso? —¿Tienes una recomendación?, le respondían los patrones. Llegó la noche, y no había hallado trabajo. Entonces, a todos los desocupados que encontró en el camino les dijo: ¡Seguidme!, y todos fueron detrás de él. ¡No volváis el rostro!, y nadie se volvió. Cuando subieron la montaña, Jesús dijo: ¡Ahora os podéis volver! Y en el sitio de Avezzano había un lago”. La leyenda conserva una vieja tradición que el tiempo ha modificado. Marruvium y Pinna, fueron dos ciudades destruidas por las crecidas del lago Fucino, que los antiguos romanos trataron de desecar por los perjuicios que ocasionaba a la región. La obra se ha logrado en la actualidad. Quizá la fantasía popular vea a Avezzano, que se extiende sobre el terreno ganado a las aguas, como a las remotas ciudades sepultadas surgiendo del lecho desecado. La leyenda tiene un gran parecido con la de Filemón y Bausis, de Ovidio.

De España tenemos dos ejemplos de ciudades desaparecidas; pero deben existir muchos más. El licenciado Luis de Molina, en su *Descripción del Reino de Galicia y de las cosas más notables dél*, dice: “De la laguna de las Lamas de Goa se cuentan dos cosas extrañas, que si no las hubiese oído a personas de crédito y de mucha fe, no me ocuparía mucho de escritillas. . . Una, que sale a veces de las aguas el bramir de un animal, y otra, que cuando este lago, algunos años por gran falta de agua se viene a secar parte de él, en aquello que queda como tremedales se hallan cosas de hierro labradas, y piedras cortadas, y ladrillos, y clavos, y ollas, y todas otras cosas de esta calidad, que demuestran claro haber habido allí edificios y población. . .”¹. Es corriente que el pueblo asegure oír, en

(1) MOLINA, *Descripción del Reino de Galicia, Mondoñedo*, 1551, vol. 40. Cita de C. CABAL, *Folklore y costumbres de España*, pág. 175. 1931.

los lugares de ciudades desaparecidas, gritos de animales y voces humanas. Así lo vimos en la leyenda citada por Mandeville, y lo veremos en variantes modernas. En forma muy escueta, Constantino Cabal nos transmite una leyenda de los actuales campesinos gallegos: "De la laguna de Antela se dice que fué antaño una ciudad, y el día de San Juan se ven sus torres"¹. Es la leyenda típica, con la forma de *la ciudad sumergida*, como la anterior. Mientras *las ciudades perdidas* del norte de Europa reaparecen el día de Pascua, ésta de España surge el día de San Juan.

Leyendas de ciudades y tierras fabulosas, como la de la *Antilla* o *Antilia*, *la isla de las siete ciudades*, corriente en Portugal en la Edad Media, y otras tantas conocidas en el mundo antiguo desde tiempos lejanos, nacieron, seguramente, de tradiciones de marinos y navegantes. En diversas épocas debieron de realizarse expediciones clandestinas, y sobre el impreciso fondo de verdad de esos relatos, la imaginación del pueblo imprimió las características de la leyenda.

EL TEMA EN AMÉRICA

Parece que el tema de *la ciudad perdida* no existe entre las tradiciones indígenas de América, anteriores a la conquista. La del Diluvio, en cambio, se extiende desde un extremo hasta el otro del continente, y es común tanto a las tribus salvajes como a las que alcanzaron la más alta civilización². Llama la atención esta circunstancia por haber nacido las dos tradiciones de un hecho real, interpretado como castigo divino. De las dos, es seguramente la del diluvio universal la más primitiva: *el grupo humano cree constituir la humanidad y ocupar toda la tierra*. Pero no debió de tardar en aparecer la otra, que implica una observación y comprensión mejor del fenómeno, y que da los elementos determinantes de la leyenda de *la ciudad perdida*: *el grupo humano sabe que es una porción de la humanidad y que ocupa un lugar determinado de la tierra*. No forma parte de su ciclo temático la explicación de cómo renacieron los hombres, infaltable en la primera. La tradición más antigua que se conoce del Diluvio

(¹) CONSTANTINO CABAL, *Mitología ibérica, Folklore y costumbres de España*, pág. 175.

(²) J. G. FRAZER, *Folklore in the Old Testament* (edic. abreviada), cap. IV.: Londres, 1923. FRANCISCO PI Y MARGALL, *Historia general de América*.

es la caldea, y en ella la inundación comienza por una ciudad, Schurippak. Lo seguro es que la leyenda del Diluvio nació del recuerdo de inundaciones locales, a las que la fantasía del pueblo dió proporciones extraordinarias¹.

Con todas las reservas del caso, doy un ejemplo de la leyenda de *la ciudad perdida* referente a la América primitiva, que trae Pi y Margall, el que, a su vez, parece haberlo tomado de Bancroft: Los californios del lago Tahoe cuentan que en tiempos muy antiguos eran muy ricos, pero que una tribu más fuerte los esclavizó y les quitó cuanto tenían. Por eso, el *Grande Espíritu* desencadenó sobre la tierra las olas del mar, que tragarón opresores y oprimidos, quedando sólo unos pocos hombres. Los amos hicieron construir con los esclavos un templo en una cima. Se produjo un nuevo cataclismo. Los amos se refugiaron en el templo y dejaron desamparados a los esclavos, que, desesperados, remontaron el río Humboldt. Entonces se alzaron los montes y se hundió el lugar del templo, quedando de él en la superficie, la cúpula. Allí se subieron los refugiados. El Grande Espíritu los tomó y los encerró en una caverna del lago. Y aun hoy, cuando se derrite la nieve y el lago se hincha, se oyen los lamentos de los malvados. Desconocemos el grado de veracidad de la leyenda, y Pi y Margall declara su duda así: "O no es auténtica, o la tribu del lago Tahoe debe ser mirada como resto de una raza y una civilización distinta de las que había en lo demás de la comarca. La historia de la antigua América, lo he dicho y lo repito, es una serie de enigmas"². El misterio de América a que alude Pi y Margall consiste, en que lo que se ha transmitido de sus culturas autóctonas se ha interpretado mal, y sobre todo, en que gran parte se ha perdido.

Durante la época de la conquista, existió en América un grupo de leyendas con caracteres especiales, que trato de paso. Estas leyendas nacieron de realidades aparentes —datos que los indios daban a los españoles por señas y medias palabras, que se referían a ciudades lejanas existentes, pero que ellos no sabían precisar—, y de hechos históricos interpretados con sobrada fantasía. Participaban de los caracteres de las leyendas de *las ciudades fabulosas de tierras incógnitas* y de *las ciudades encan-*

(¹) FRAZER, *ob. cit.*, págs. 133 y sigtes.

(²) PI Y MARGALL, *Historia general de América*, t. I, vol. II, pág. 1060.

tadas. Les faltó el asiento preciso en la tierra que afirma a la tradición en el tiempo, aunque algunas lo tuvieron en mapas de la época¹. Por eso, aquellas ciudades de riquezas incalculables, fueron muriendo una a una, sin haber existido, cuando los conquistadores, encendidos por la quimera del oro, recorrieron en todos los rumbos la bravía tierra americana. *Las Siete Ciudades de Cibola, El Dorado, El País del Rey Blanco o Sierra de la Plata y La Ciudad Encantada de los Césares*, son las principales entre estas leyendas².

La leyenda de *Las Siete Ciudades de Cibola*, calcada sobre la leyenda portuguesa de la *Antilla*, aseguraba la existencia de siete misteriosas ciudades populosas y ricas, situadas en lo que después se llamó Nuevo Méjico, y donde fueron inútilmente buscadas.

Parece que de la costumbre o rito religioso de un cacique de los chibchas de la laguna Guatavitá, que consistía en espolvorearse con oro antes de sumergirse en la laguna, y a quien se le llamó *el dorado*, nació la leyenda. Con el tiempo, la noticia se convirtió en la fábula de la *Gran Ciudad del Dorado*, situada sobre las márgenes de un lago, llena de palacios y de templos, y dueña de montañas de oro.

Los españoles recogieron de boca de los indios de las costas del Brasil y del río de la Plata, la noticia según la cual, en el interior del continente, existía un país extraordinariamente rico en minas de oro y de plata, gobernado por un rey blanco. Se referían, indudablemente, al Perú de los Incas, y a las minas de Charcas, y de ese reflejo surgió la leyenda. Las principales expediciones venidas a esta parte de América seguían su derrotero, remontando nuestros grandes ríos. Casi todos los aventureros que lo buscaron, murieron soñando con los fabulosos tesoros del *País del Rey Blanco* o de la *Sierra de la Plata*, como se lo llamaba.

De la noticia que trajo el capitán *Francisco César*, compañero de Cabello, al internarse en nuestras provincias centrales —seguramente Córdoba y San Luis—, de la existencia de una región sumamente rica y civilizada, se originó, con el andar del tiempo, la leyenda de *La Ciudad Encantada*

(¹) En el mapa de Quirós, publicado en 1618, figuraba al Este de los Andes la «Provincia de los Césares».

(²) Ver ENRIQUE DE GANDÍA, *Historia crítica de los mitos de la conquista de América*; Madrid, 1929.

de los Césares. La versión más difundida la suponía fundada por los náufragos españoles abandonados en el estrecho de Magallanes, pues era una ciudad de hombres blancos; según otra, por los incas que huyeron del Perú ante el avance de los conquistadores. Su asiento, indicado en la región andina, varió desde el norte hasta la Patagonia. Entre los documentos que se poseen de su existencia, figuran declaraciones de testigos que juraron haberla visto, esplendorosa y magnífica, y haber oído el tañido de sus campanas y el estampido de sus armas de fuego. A través de tres siglos, numerosos soldados y misioneros la buscaron afanosamente¹. De todas las leyendas de la conquista, es ésta la única que vive aún; se conserva en la tradición del centro y sur de Chile. El pueblo la narra con todas las características de la *leyenda de la ciudad perdida*. Una de las versiones recogidas en Santiago por Vicuña Cifuentes, dice así: «*La Ciudad de los Césares* está encantada, en la cordillera de los Andes, a la orilla de un gran lago. El Viernes Santo se puede ver, desde lejos, cómo brillan las cúpulas de sus torres y los techos de sus casas, que son de oro y plata macizos. Los habitantes que la pueblan son los mismos que la edificaron, hace ya muchos siglos, pues en la *Ciudad de los Césares* nadie nace ni nadie muere»². Como en la leyenda de la laguna de Antela, la ciudad se hace visible el Viernes Santo, y como en la de la ciudad de Vineta, ninguno de sus moradores muere. Cavada recoge esta versión en Chiloé: «*César* es una ciudad encantada. No es dado a ningún viajero descubrirla, aun cuando la ande pisando. Una niebla espesa se interpone siempre entre ella y el viajero, y la corriente de los ríos que la bañan refluye para alejar las embarcaciones que se aproximan demasiado a ella. Sólo al fin del mundo se hará visible, para convencer a los incrédulos que dudaron de su existencia. El pavimento de la ciudad es de oro y plata macizos. Una gran cruz de oro corona la torre de la iglesia. La campana que ésta posee es de tales dimensiones que debajo de ella pueden instalarse cómodamente dos mesas de zapatería, con todos sus útiles y herramientas. Si esa campana llegara a tocarse, su tañido se oiría en el mundo entero. El que una vez ha entrado en la ciudad pierde el recuerdo del camino que a ella le condujo, y no

(¹) Muchos autores han estudiado la leyenda y han reunido los documentos históricos que la recuerdan; entre otros, De Angelis, Ciro Bayo, H. Steffen, R. E. Latcham y E. de Gandía.

(²) JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Mitos y supersticiones*, pág. 59; Stgo. de Chile, 1915.

se le permite salir sino a condición de no revelar a nadie el secreto, y de regresar cuanto antes a ella”¹. Como vemos, la leyenda toma aquí la forma de la *ciudad invisible*.

Julio Vicuña Cifuentes transmite la leyenda que el pueblo narra sobre la desaparición de la primitiva ciudad de La Serena, que es, según el distinguido folklorista, “la tradición más antigua” que se conoce en Chile. He aquí la leyenda: La primitiva ciudad de La Serena era mucho más hermosa que la actual. Vivía en ella un joven bien parecido, pero pobre, a quien llamaban Juan Soldado, nombre que, en recuerdo suyo, se puso después al cerro cerca del cual aquella ciudad estaba edificada. Juan Soldado se enamoró de la hija única de un cacique riquísimo, que habitaba a tres leguas de la ciudad. Como el cacique era ambicioso, se opuso a que se casara con un pobre. Los enamorados resolvieron huir, para casarse en la iglesia de La Serena, pues la joven era cristiana. Así lo hicieron, y en el momento en que el sacerdote bendecía el matrimonio, gente del pueblo llegó a la iglesia con grande alboroto, diciendo que el cacique, a la cabeza de sus mocetones, se aproximaba a la ciudad, jurando destruirla, después de matar a los enamorados. Nadie sabe lo que pasó, pero es lo cierto que en el momento en que el cacique, con sus guerreros, pisó los suburbios, la ciudad se desvaneció. Recorrieron el campo donde estaba situada, pero no la encontraron *aunque la andaban pisando*. En ciertas noches, singularmente los sábados, los que pasan cerca del sitio en que estuvo edificada oyen músicas y canciones, y el Viernes Santo la ciudad se hace visible a los que la contemplan desde lejos, pero se borra poco a poco ante los ojos de los que pretenden llegar a ella². Es un ejemplo típico de la leyenda de la ciudad invisible, como la de Abcaz y la de Kitej. El tema ha llegado, indudablemente, por transmisión, a Chile. Por su antigüedad, esta leyenda debe haber influido en la versión chilota de *La Ciudad Encantada de los Césares*.

Sobre la laguna Yupacaray o Ipacaray, próxima a la Asunción del Paraguay, existe una vieja tradición que traen del Barco Centenera³,

(¹) F. J. CAVADA, *Chiloé y los chilotas*, págs. 87 y 88.

(²) JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades*, págs. 11 y 12; Stgo. de Chile, 1919. Con pocas variantes es una transcripción literal.

(³) MARTÍN DEL BARCO CENTENERA, *La Argentina*, canto 3º.

Guevara¹ y Lozano². Estos autores la dan como indígena de América, y así parece afirmarlo Granada³, que la reproduce. El texto del Padre Lozano dice así: “Tierra más adentro hay otra laguna mayor, en la cual, según tradición de los indios de Acay, que tenían pueblo en sus riberas, fueron sumergidos ciertos vecinos suyos que, sin rienda, se habían dado al pecado nefando: oyense dentro grande grita, alaridos y estruendo que hace estremecer a los que se acercan, y aún algunos han visto horrendas figuras de demonios que les venían dando alcance, y se cree ser los que en el lugar de sus abominaciones, están atormentando a aquella gente perdida”. El “pecado nefando” a que aquí se alude, fué la causa de la destrucción de Sodoma, ciudad de la que tomó el nombre. Otras ciudades, según sus leyendas, fueron destruidas por la misma causa, como vimos. Se sabe que este vicio era bastante frecuente entre los indios de América, y también perseguido por ellos; los Incas lo castigaban severamente. No es fácil, como se ve, determinar en forma precisa, si el argumento de la leyenda es autóctono o transplantado. Seguramente se trata de una superposición: la leyenda indígena recibió el aporte tradicional de la leyenda del Viejo Mundo, y sus elementos se confundieron.

Al sur de Bolivia, en un lugar próximo a la frontera argentina, existe una laguna llamada Taxara. La tradición de la región y la de algunas comarcas argentinas de Salta y Jujuy, explica así su origen: En ese mismo sitio se levantó, en otros tiempos, un pueblo de gentes muy ricas pero orgullosas y malas. Para castigarlas, Dios convirtió al pueblo en laguna. Taxara es una “laguna brava”, y cuando se encoleriza, arroja a tierra objetos de plata, muestra de las riquezas de la ciudad que desapareció en sus aguas⁴. La leyenda ofrece el viejo tema de la ciudad sumergida, casi desprovisto de temas secundarios.

En el Ecuador es tradicional la leyenda de Riobamba la Vieja, que la Virgen hizo destruir por un terremoto para castigar a una poderosa y egoísta señora de la ciudad (noticia de la señora Carlota Félix de Garcés).

(¹) P. JOSÉ GUEVARA, *Conquista del Paraguay*.

(²) P. PEDRO LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay*, t. I, págs. 94 y 95; Buenos Aires, 1873.

(³) DANIEL GRANADA, *Supersticiones del Río de la Plata*, págs. 179 y 180; Montevideo, 1896.

(⁴) Versión recogida de la tradición oral de Acoyte, Salta, Argentina.

En la Argentina son varias las leyendas de *la ciudad perdida* que pertenecen al acervo folklórico. Fueron corrientes en la época de la conquista, la leyenda de *La Ciudad Encantada de los Césares* y la de *El País del Rey Blanco* o *Sierra de la Plata*. *La Ciudad de los Césares* se mantuvo durante trescientos años, pero ninguna de las dos vive en la tradición oral de nuestros días.

La leyenda de *El Pueblo de Mbororé* o *Emboré*, es conocida en el sur del Brasil, en Río Grande, y en la región misionera argentina. Para el Brasil es la *Casa-Branca de Mbororé*, sin puertas ni ventanas, acumulación de riquezas maravillosas, cuya existencia está envuelta en el misterio¹. Ambrosetti nos transmite la leyenda argentina recogida por él, en esta forma: “Es creencia muy arraigada en las gentes de Misiones, que los jesuitas, al ser expulsados, amontonaron todos sus tesoros en un pueblo que precaucionalmente habían hecho construir ex profeso en medio de la selva virgen, y de cuya existencia sólo ellos tenían conocimiento, pues los que actuaron en su construcción desaparecieron. Este pueblo, llamado Emboré, tenía sus casas sin puertas ni ventanas, y la entrada a ellas se hacía por subterráneos, cuyas bocas estaban ocultas escrupulosamente. Los que transportaron los tesoros, que según las gentes de allí sobrepasaron en valor y cantidad a todos los que refieren los cuentos de *Las mil y una noches*, desaparecieron a su vez, y con ellos los rastros que conducían al famoso Emboré, perdido, desde entonces, entre las sombras de la selva impenetrable”². Ambrosetti agrega que son numerosas las expediciones organizadas en busca de Emboré, la misión que desapareció para esconder sus tesoros sagrados. Aníbal Cambas nos habla de la leyenda tal como vive actualmente en la tradición de Misiones, en un capítulo que titula *Mbororé —la leyenda de la misión perdida—*, y que termina así: “Son muchas las expediciones que anualmente se organizan con el propósito de llegar hasta Mbororé, la misión de las casas blancas, protegida por altos muros y rodeada por extensos naranjales, que los espíritus aventureros tratan infructuosamente de localizar en la floresta misionera”³. Cambas nos da también la noticia histórica, cuya tradición conservó el pueblo y que,

(¹) BASILIO DE MAGALAHES, *O folclore no Brazil*, pág. 116; Río de Janeiro, 1939.

(²) JUAN B. AMBROSETTI, *Supersticiones y leyendas*, págs. 124-125; Buenos Aires, 1917.

(³) ANÍBAL CAMBAS, *Leyendas misioneras*, págs. 108 y sigtes.; Posadas, 1938.

con el andar del tiempo, se convirtió en leyenda. En 1632, los Padres Pedro Romero y Cristóbal Altamirano fundaron una misión sobre el arroyo Acaraguá, afluente del Uruguay —una de las tantas establecidas por los jesuitas en la región guaraní—. La misión fué atacada por los tupíes, y debió de trasladarse a otro sitio, sobre el arroyo Mbororé. Allí fué atacada nuevamente. Entonces, se construyeron un alto muro de piedra para su defensa, y puertas secretas y conductos subterráneos como únicos medios para su comunicación con el exterior. Después de algún tiempo, la misión volvió a trasladarse, y fijó su asiento definitivo en La Cruz. Según la tradición regional, en aquella misión de Mbororé o Emboré, abandonada, de alto muro y casas blancas, aparentemente sin puertas ni ventanas, los jesuitas, al conocer la orden de expulsión de Carlos III, ocultaron fabulosos tesoros de oro y plata. Seguramente las ruinas fueron destruidas por el avance de la selva, y la leyenda, que indicaba su asiento preciso, se modificó. Surgió, seguramente, como *leyenda de observación*, y tuvo la forma de *la ciudad muerta*, pero al perder su localización tomó el carácter de *las ciudades fabulosas* de la conquista, y en algunas variantes el de *la ciudad invisible*. La originalidad de sus temas secundarios la presentan como creación regional.

Sobre la destrucción de la primitiva ciudad de Mendoza por el terremoto de 1861, conozco una versión que debe proceder de una leyenda más antigua. No es difícil que la leyenda de la ciudad de Esteco, que trataremos más adelante, haya sido traída a la región por los arrieros que hacían el tráfico de ganado con las provincias del norte, y confundida con la tradición, tan conocida, de la ciudad de Mendoza desaparecida. Doy la versión que mi madre ha oído en Córdoba y en San Luis, pero que en la actualidad no es general en ninguna de las dos provincias: La antigua ciudad de Mendoza era muy rica. Sus habitantes vivían rodeados de lujo, pero eran mezquinos y duros de corazón. Un día, Jesús, en figura de mendigo, recorrió toda la población pidiendo de puerta en puerta “una caridad”. Nadie le dió ni un pedazo de pan, y por el contrario, lo trataron con desprecio y con altanería. Sólo una mujer muy pobre que vivía en las afueras, lo hospedó en su casa y mató la única gallina que tenía para darle de comer. Jesús le anunció que la ciudad se perdería por la maldad de su gente, pero que ella se salvaría. Le ordenó salir al alba, con su

hijito en brazos, y no volver la cabeza hasta que hubiera perdido de vista el pueblo. Así lo hizo la mujer, pero cuando pasó la última casa oyó tales estruendos, explosiones, gritos y lamentos, que no pudo contenerse y se volvió para mirar. En el acto se convirtió en estatua de piedra. La ciudad fué destruída por un horrible terremoto. El relato dice que, próxima a las ruinas, hasta hace pocos años, se podía ver una piedra que tenía la forma de una mujer con un niño en brazos, y que en los días aniversarios del terremoto vertía sangre del pecho. El tema secundario del dios que se viste de mendigo para probar la caridad de los hombres, es el mismo de la leyenda frigia de Filemón y Bausis, el del cuento chino y el del hada Melusina; el de la gallinita única que se mata para agasajar al huésped divino, recuerda el del ánsar que Bausis persigue con ese mismo fin.

Según una leyenda casi extinguida en la actualidad, pero que fué corriente el siglo pasado¹, en la laguna del Bebedero, de la provincia de San Luis, existe una ciudad sumergida. Se han visto sus calles, sus casas, sus huertos, las torres de sus iglesias, y hasta el ganado que pacía en sus cercanías. Por eso de la laguna salen toros con cuerno de oro, y se oyen cantos de gallos, ladridos de perros, relinchos de caballos y voces humanas. La activa explotación de la sal en el Bebedero ha hecho huír la leyenda, pero son muchísimas las creencias y supersticiones que el pueblo conserva de la laguna. No hay noticias históricas de que allí haya existido ninguna población después de la conquista. Las aguas salobres de la laguna y la escasa fertilidad del suelo no favorecen la vida. El detalle de las voces y gritos que se oyen en lugares donde ha desaparecido una población, se observa también en otras leyendas, como lo hemos visto.

Es común a comarcas de La Rioja y Catamarca la leyenda de *El Pueblo del Pantano o de los Bañados del Pantano*, cuyo asiento se indica en el departamento Arauco, al norte de Aimogasta (La Rioja), en un lugar en que aún se conservan ruinas de una población. Dicen que fué un pueblo muy rico, y de muchos habitantes, y que como ninguno otro de la región, tenía tres iglesias y hornos para fundir metales. Es creencia

(¹) Noticia del señor FELIPE S. VELÁZQUEZ; versiones recogidas directamente.

general que desapareció maldecido por un sacerdote: según unas versiones, porque un señor principal que allí vivía lo maltrató cruelmente, y según otras, porque uno de sus moradores se ahorcó —la iglesia católica condena enérgicamente el suicidio. Primero, sobrevinieron pestes y epidemias, y muchos pobladores huyeron; luego, se secaron las plantas y se agotó el agua en todo lo que alcanzó la mirada del sacerdote, y por último, una crecida de barro caliente relleno las calles y sepultó los templos y las casas, con todos sus habitantes. Es común encontrar objetos de oro y de plata, prueba de la gran riqueza del pueblo desaparecido, pero son muy pocas las personas que visitan aquel lugar estéril, azotado por vientos frecuentes. Los campesinos dicen que la maldición no tiene fin, y que la desolación se extiende constantemente¹. La originalidad de los temas secundarios hace pensar en una creación local. Es, seguramente, una *leyenda explicativa*, nacida en presencia de las ruinas allí existentes, y que incorporó a su trama la creencia, muy extendida, del poder de la maldición. El señor Julián B. Cáceres Freyre presentó a esta Sociedad de Antropología, en 1937, una comunicación titulada *El Fuerte del Pantano*. En ella hacía un interesante estudio de aquellas ruinas, vestigios de una población fundada por los españoles en el siglo XVII. Muchos de los detalles que allí da, referentes a la naturaleza del suelo, como los rastros dejados por grandes crecidas y la esterilidad del lugar, coinciden con los que trata de explicar la leyenda.

La leyenda más extendida en la Argentina, y la que con mayor vitalidad se conserva, es la de *la ciudad de Esteco*. Su área de difusión comprende las provincias de Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Muchísimas versiones se pueden recoger entre los campesinos², y las personas cultas la cuentan a los turistas como una de las tradiciones más antiguas de la región³. Su tema ha pasado a la copla popular, como puede verse en ésta:

(¹) Versión recogida directamente. En la colección de material folklórico formada en 1921 y que existe en el Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, figuran dos versiones de La Rioja y una de Catamarca.

(²) En la colección citada existen ocho versiones de la leyenda de Esteco.

(³) Ver REYNALDO A. PASTOR, *Entre el Aconquija y el San Bernardo (Notas de viaje)*, pág. 61; Buenos Aires, 1939.

No sigas ese camino,
no seas orgulloso y terco,
no te vayas a perder
como la ciudad de Esteco.

Juan Alfonso Carrizo incluye una *Glosa* de esta copla en su *Cancionero de Salta*.

La tradición indica el asiento de Esteco en un lugar del departamento de Anta, Salta, en donde pueden observarse vestigios de viviendas casi totalmente cubiertos por el terreno salitroso. Según la versión más común de la leyenda, Esteco fué una ciudad de palacios y templos de sin igual hermosura. La rodeaba un campo fertilísimo, que daba las mejores cosechas de cuanto allí se sembraba. Sus habitantes vivían en la abundancia. Eran tan ricos, que usaban utensilios de oro y de plata, y también de plata eran las herraduras de sus caballos. Eran gentes tan orgullosas y vanas, que si se les caía una prenda de vestir, como un pañuelo de seda, el rebozo o el sombrero, no se molestaban en levantarla. En días de lluvia, muchos hacían de pan los pasos de las calzadas. Habían perdido casi completamente su religión. Un día, un misionero —en algunas versiones es San Francisco Solano—, recorrió la ciudad pidiendo alimento y abrigo. Todos lo despreciaron por su aspecto humilde, y nadie le socorrió. Sólo una mujer muy pobre, que vivía con su hijo pequeño en las orillas del pueblo —en algunas variantes es un matrimonio—, lo alojó en su rancho, y mató la única gallinita que tenía para darle de comer. Al día siguiente, el árbol¹ en donde dormía la gallinita apareció lleno de gallinas hermosas y gordas. El misionero predicó inútilmente la moral y el bien. Anunció, entonces, que la ciudad se perdería destruída por un terremoto. Los incrédulos habitantes de Esteco se burlaron públicamente de la predicción: unos decían que era muy bonita *la palabra terremoto*; otros, que comprarían cintas y géneros de *color terremoto*. El sacerdote volvió al rancho de la mujer caritativa, y le ordenó tomar al niño y seguirlo. Le recomendó particulamente no volverse para mirar, por ningún motivo. Así lo hizo, y marchó detrás del misionero. Cuando estuvieron

(¹) En lugares del campo de la región central y de la región norteña, se hace dormir a las aves de corral, particularmente a las gallinas, en un árbol del patio.

fuera del pueblo, tal estruendo y gritería partieron de él, que la mujer, dominada por la curiosidad, volvió la cabeza, y en el mismo momento se convirtió en piedra. Dicen que aquella piedra tiene la forma de una mujer que lleva un niño en brazos, que muda de lugar cuando le pegan, y que de ella saltan “chispas” de sangre cuando los paisanos la tocan con la punta del cuchillo. Según algunas variantes de la leyenda, las ruínas de Esteco fueron desapareciendo poco a poco por la acción de los vientos y las aguas; para otras, el cataclismo la hundió en la tierra sin dejar rastros, y cuando a los pocos días regresaron algunos de sus moradores ausentes, sólo encontraron en su sitio un campo salitroso, poblado de tuscas. Otra variante, rara, asegura que allí aparecieron extensas lagunas, en las que suele flotar una gran fuente de oro, y una espada, también de oro. La fecundidad de las variantes de la leyenda de Esteco, ha dado esta abundancia de temas secundarios. El núcleo lo forma la leyenda bíblica, que los misioneros llevaron por todos los caminos del mundo, y que es común en América. Su semejanza notable con la leyenda de *la ciudad de Mendoza*, hace pensar que ella, más antigua, influyó en la otra. Es posible también que se las haya confundido, pues la de Mendoza casi ha desaparecido en la actualidad. Los temas del mendigo que recorre la ciudad de gentes mezquinas, el de la única gallinita que se mata para obsequiar al huésped, y el del milagro que hace multiplicar las gallinas —hasta el de matrimonio de algunas variantes—, recuerdan los temas de la leyenda de Filemón y Baucis. La burla que hacen los habitantes de Esteco de la predicción del misionero, es semejante a la de la leyenda japonesa de Peirum y a la del cuento chino de “el agua grande”. El hecho de usar el pan en lugar de piedras, para formar pasos en las calzadas, tiene el mismo significado que el tema de la leyenda africana, en la que se afirman con granos los caminos. La variante según la cual la ciudad desapareció sin dejar rastros, se aproxima a la forma de *la ciudad invisible*; la que habla de las lagunas que aparecieron en su sitio, a la de *la ciudad sumergida*; la que asegura que se conocieron o se conocen sus ruínas, a la de *la ciudad muerta*, destruída por un cataclismo terrestre, y es la que responde a su realidad. La fantasía popular, para narrar la historia de los vestigios de la vieja ciudad de Esteco, calcó, pues, el argumento de la leyenda clásica. Los insurrectos que depusieron a Francisco de Aguirre —

Diego de Heredia, Gerónimo Holguín y sus secuaces—, al llevar preso al gobernador hacia el Perú, en 1566, echaron los cimientos, en la provincia de Bstecco, de una población que conservó este nombre (*estecco* era la denominación de los indios del lugar). Cuando, en 1567, Diego Pacheco, que venía a esclarecer el conflicto de Aguirre, pasó por allí, confirmó la fundación con el nombre de Nuestra Señora de Talavera, pero seguramente la gente la siguió llamando Bstecco o Talavera de Bstecco. Bstecco, situada sobre el camino de Santiago del Estero al Perú, se convirtió en un floreciente centro de comercio, pero después decayó por falta de indios de trabajo y por haber cambiado las rutas importantes del tráfico. Por orden del gobernador Alonso de Ribera, en 1609, la ciudad de Talavera de Bstecco y la de Madrid de las Juntas—ciudad de la misma región—, se fundieron en una nueva, situada sobre el río Pasaje, cerca de la desembocadura del río de las Piedras, y se llamó Talavera de Madrid. Esta ciudad fué destruida por un terremoto en 1692¹. Sus ruinas casi han desaparecido en la actualidad. El asiento de la primitiva ciudad de Bstecco, sólo se advierte por la presencia de tejas y de piezas de metal que afloran a la superficie del terreno salitroso. Todos estos acontecimientos históricos se han superpuesto y fundido con el tiempo. La tradición se deformó muy pronto, y sólo conservó el recuerdo de *una ciudad de Bstecco destruida por un terremoto*, a la que dió vigoroso relieve la leyenda. Las noticias que el Padre Lozano nos transmite de Bstecco, ya están mezcladas con la fantasta de la leyenda, y ello indica su antigüedad. No de otra manera pudo decir de la ciudad de Bstecco que, "habiendo legado a ser la mas opulenta de todo el gobierno de Tucumán con tal demasia, que aun los *brutos se calzaban de herraduras de plata*, y tal vez de oro"². La leyenda popular dice que "los caballos llevaban herraduras de plata". Lozano lo repite, y con su propensión a imaginar aún sobre la verdad histórica, agrega "y tal vez de oro".

(¹) ROBERTO LEVILLIER, *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*, t. II, págs. 123 y sigtes.; (²) P. DE ROSA LOZANO, *Historia de la conquista del Tucumán*, t. II, págs. 1928.

mar¹.

La provincia de Jujuy—se han registrado variantes del mismo en San Juan y en San Luis—, una ciudad encantada duerme en el fondo del mar¹. La similitud de las leyendas de América con la leyenda bíblica y con la de Hilemón y Baussis de Ovidio, se debe, sin ninguna duda, a la influencia de los misioneros, los de mayor cultura entre los conquistadores, aun-que no puede descartarse la posible influencia de funcionarios y soldados. Durante los dos primeros siglos de la conquista, los libros de Ovidio figuraron entre los mas leídos por gentes de cultura hispánica, y los sacerdotes conocían a este autor con preferencia a otro clasico. La prédica moral del misionero encontró en la leyenda de *la ciudad perdida* por castigo a sus habitantes pecadores, un argumento precioso para levantar como ejemplo en medio de aquella sociedad aun no sedimentada, avida de oro, propensas a la disipación, y frente al indio, el hombre primitivo que debía catequizar. Una observación de orden general sugiere la comparación de la noticia histórica con la leyenda en ella originada. La leyenda tiende a simplificar el número de ciudades destruidas cuando son varias: a veces mantiene dos, casi siempre una. Así, de la Pentápolis del Jordán, la leyenda sólo recuerda a Sodoma y Gomorra; de las cuatro ciudades destruidas por el Vesubio, sólo a Herculano y Pompeya, y generalmente a Pompeya; de las dos ciudades del lago Huémo, sólo a una; de los centenares de aldeas barridas por el mar en las costas de Holanda y Francia, cada comarca recuerda a una sola de ellas; de las ciudades desaparecidas en el Norte argentino, sólo vive en la tradición la de Bstecco. El tema busca acomodarse, hasta llegar a formar el núcleo de la leyenda de *la ciudad perdida*, y rechaza la pluralidad. La falta de datos sobre la literatura oral de muchas regiones de la tierra nos impide sentar conclusiones definitivas, pero de los materiales aquí reunidos, se desprenden las siguientes:

1º) El tema de la leyenda de *la ciudad perdida*, por la frecuencia con que se encuentra en tantos pueblos, a través del tiempo, permite creer que pertenece al grupo de los temas universales del folklore;

2º) comprende, entre las principales variantes, *la leyenda de la ciudad sumergida, la leyenda de la ciudad muerta, la leyenda de la ciudad invisible, la leyenda de la ciudad fabulosa de las tierras desconocidas o lejanas, la leyenda de la ciudad encantada;*

3º) se asocia, entre otros, a los siguientes temas secundarios: el de la destrucción de la ciudad por el pecado nefando de sus habitantes; el de la mujer de Lot; el del personaje divino que recorre la ciudad implorando la caridad; la falta de piedad de los hombres ricos y la caridad de la mujer o del matrimonio pobre; el castigo de los primeros y la salvación de los segundos; el ave de corral única que se mata para agasajar al huésped; el milagro en el acrecentamiento del alimento o la bebida; el rey virtuoso que se salva, mientras su pueblo pervertido perece; el milagro que hace invisible a la ciudad o al grupo humano;

4º) los ejemplos de América ofrecen el valor singular de ilustrarnos sobre el proceso de formación de la leyenda: a) el tema migratorio se asienta en el lugar donde desaparece una ciudad, y se confunde con su tradición —es el más abundante—; b) el tema surge como creación local en *la leyenda de observación* o en *la leyenda explicativa*, frente a hechos o a acontecimientos que impresionan poderosamente la imaginación popular —es el menos común—¹.

SOBRE UN TIESTO GRABADO PROCEDENTE DE RIO NEGRO

por

RICARDO EMILIO GARBERS.

ES mi intención presentar en este breve trabajo un tiesto grabado procedente del territorio del Río Negro y que sin lugar a dudas, constituye una pieza única y de extraordinario valor para el conocimiento de la arqueología de la Patagonia. Los autores que se han ocupado de la materia sólo han dado a conocer fragmentos en su mayor parte lisos o con incisiones simples. Por el contrario el tiesto que motiva esta comunicación muestra una decoración incisa, compleja y armónica, caracteres éstos que la hacen más singular aún con respecto a las piezas publicadas. El valle del Río Negro y toda la zona de su influencia a pesar de sus innumerables paraderos aborígenes y de su prolífica industria, pocas veces nos reserva la sorpresa de un objeto que se destaque por su ornamentación.

De la alfarería del valle de muy rudimentaria manufactura sólo se encuentran tiestos, en su mayor parte sin ornamentación y muy pocos son los que muestran las clásicas incisiones geométricas. Por eso creo que la pieza que presento, ya sea por el tamaño ya por el dibujo, es verdaderamente excepcional.

Procede del territorio de Río Negro, departamento de Avellaneda, a siete leguas río abajo de la isla de Choele Choel en el valle del mismo río Negro sobre la margen sur.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 19 de junio de 1940.